

**GALICIA, AGOSTO**

La colcha forma una imagen frontal  
que se deshila como si tuviese poder  
la cama. Como si no dormir  
fuese un apresuramiento del alma.  
Pero no dormir es también vivir  
en esquinas rotas donde da tanto la luz  
que los sueños capacitan al recuerdo  
de una lucidez ancestral. Casi ovillada  
dura la noche. Pero la noche dura  
porque recuerdo lo poco que duró  
el día de antes. El día fue  
un borroso acontecer que se sucedía  
sobre triviales gestos de tantos otros  
que reviven en las pesadillas  
tuteándose. Yo vivía más  
aquellas noches. Yo era un pijama  
de color azul y el pelo recogido  
con un cabello que olía a soledad,  
a viento, a una autopista, a un  
qué hijas tengo, ninguna me habla  
pero me dicen lo que **no quiero**.  
Yo siento en mis piernas, cuando  
me saco el pijama, cuando la ventana  
es un atributo de mi paisaje interior,  
cómo vais y venís, cómo estáis  
en mi consciencia adormilada,  
atacando un pasado que sueño  
con mi chaqueta azul de pijama.  
Y mis piernas se van, se pasean  
por las afueras de mi tiempo,  
y me siento un pie con muchos dedos  
una caja de música  
sin hijas. Con notas solas. Con notas  
repetitivas y melodías que canto  
desde las uñas, desde los botones  
de mi pijama. ¡Ah! qué melodías  
cuando mis dedos se quedan solos  
y el viento de los sueños  
aleja el aire de las pesadillas. No sabe  
nadie. Nadie lo sabe. Me devoraron  
cuando era más joven en la piel.  
Con los años mi sentimiento de madre  
cambia de personalidad, se orea  
una vieja imagen que me lleva  
a mí misma. A la que soy  
hecha de dedos.